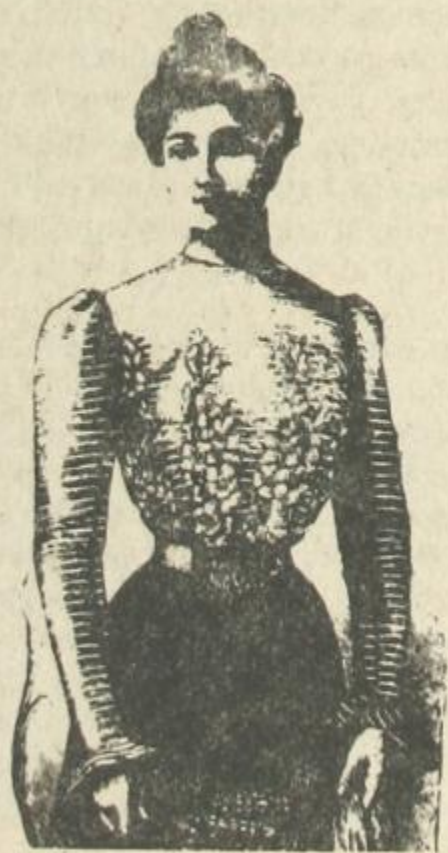


mujer notable, cuando la misma vivió vestida de hombre, actuando como hombre y renunciando completamente a su sexo. La biología, en este caso, fué puro accidente. Por otra parte, ¿debe considerarse a Leopoldina de Hasburgo, que sólo vivió en Brasil algunos años, como a una mujer típica de Latinoamericana?

Esta obra ofrece poco nuevo en cuanto a investigación, ya que se usaron fuentes bien conocidas para recrear la narrativa histórica. En algunos casos la falta de información obligó a los autores a llenar grandes huecos en la biografía de estas mujeres con información sobre sus maridos, hijos o familia. La falta de originalidad tanto en la metodología como en la información reducen esta obra a un nivel popularizante.

A pesar de sus respectivos méritos y faltas, estos estudios representan una importante contribución: apuntan la necesidad de considerar al género como un factor en la historia. Pero la historia de la mujer necesita nueva metodología, técnicas de investigación serias y preguntas que atraigan respuestas innovadoras. No sólo hay que ver a la mujer dentro de la historia; es preciso adentrarse en la historia de la mujer misma. Es necesario investigar a mujeres de todas las clases sociales, dentro de su época, en relación con sus familias, estudiar sus actitudes intelectuales y la economía o los valores morales de su sociedad. También es importante conocer la percepción que tiene la mujer misma de la realidad, sus intereses y preocupaciones a través de su vida, su propia definición y no la impuesta por la sociedad. Quedan enormes lagunas que llenar y numerosas preguntas que contestar. Quizás el mayor incentivo para abordar esta tarea sea el de la necesidad de comprender el presente a través del pasado. Usando la definición que el historiador inglés Edward H. Carr, da de la historia, como el "diálogo entre el pasado y el presente" puede decirse que para las mujeres de Latinoamérica el diálogo apenas ha comenzado.



Ser mujer en el Perú

Parecería que un nuevo ser está configurándose; un ser que no tiene nada de nuevo puesto que existe desde que la humanidad deambula sobre sus dos pies en la tierra, pero cuya novedad estriba en que, por primera vez, de una manera sistemática, intenta definirse, explicarse a sí misma y a los demás.

Esther Andradi y Ana María Portugal han querido establecer en su libro *Ser mujer en el Perú* (*) el rostro de la mujer en ese país; rostro múltiple al fin y al cabo, fragmentario y diverso, pero que encuentra en su diversidad la compleja riqueza que lo perfila. Catorce testimonios, recogidos a lo largo de entrevistas y conversaciones, provienen de otras tantas mujeres de sectores determinados. Todas revelan un universo empeñado en forjar seres con características constantes que los signos de estos tiempos tienden a modificar.

Las más de las veces amparadas con su propio nombre —aunque en alguna ocasión el anónimo se imponía—, resulta significativo que aquellas que suscriben su testimonio representan, precisamente, a la minoría de mujeres cuyo quehacer y realización les otorgan la confianza — me atrevería a decir la impunidad— de asumir en lo que son ante la opinión pública, ante el creciente auditorio que las sucesivas reediciones están dando al libro, publicado por las mismas autoras fuera de los canales editoriales.

Se puede decir que todas las mujeres cuyos testimonios han sido recogidos son mujeres hechas, con una proyección y una trayectoria definidas, no obstante que sus edades fluctúen de varias décadas. Sólo hacia el final del libro las autoras recogieron el testimonio de tres adolescentes; testimonio revelador: el hecho de su juventud no es, de ninguna manera, garantía de cambio. Sólo una de las adolescentes, Karina —con seguridad la más inteligente y, probablemente, la que ha recibido de las tres una educación más abierta al cambio—, descubre en su testimonio un promisorio espíritu de renovación, una diferente concepción del mundo. Las otras dos, con matices, repiten conceptos que podrían estar calcados de los que sus madres o abuelas habrían podido expresar.

El muestreo recogido por las autoras es rico y completo. Ahí está la anónima ama de casa agotada por las sucesivas preñeces y la dedicación a los hijos, por el trabajo doméstico que todos los días hay que recomenzar; defraudada por un esposo con el que no existe ninguna comunicación y que sin embargo, él sí, ha intentado lograrla fuera de casa. "Cuando una va hacer una solicitud o cualquier cosa, y preguntan la ocupación, si una es ama de casa, una misma se siente un poco menos. Pero si se pone a analizar las cosas, una es secre-

(*) *Ser mujer en el Perú*, de Esther Andradi y Ana María Portugal. Lima, Perú, 1978, 252 pp.

taria, lavandera, jardinera, cocinera, costurera. De todo un poquito. Educadora también. Entonces, no es tan poquita cosa como uno se siente, sino que el mundo se ha acostumbrado que bueno, es ama de casa la que en buen romance no hace nada. Mejor: la que vive a sueldo del marido". (. . .) "Y creo que me he ganado un sueldo más que si hubiera salido a trabajar".

Y ahí está la profesional que ha destacado en el campo de la economía y la estadística y que, para ello, tuvo que superar las reticencias que su condición de mujer provocaba: la que confiesa haber trabajado con toda dedicación "dejando de lado un poco mi función de mujer, descuidándome un poco, tan es así que me he quedado soltera". (...) "Claro que a veces una se siente muy solita".

Y la vedette ("... la idea que todo el mundo tiene acá, es que una bailarina es una prostituta"); y la trabajadora doméstica, cuya ignorancia la lleva a provocarse un aborto con sonda; para quien el universo de las telecomedias representa la evasión más a la mano en su vida monótona y sin alicientes, y que puede decir con poético candor al fin de la entrevista: "lo único que más les contaría es cuando vi el mar por primera vez. . . Me daba qué pensar qué tan enorme era el mar. Cuando antes me hablaban, no creía, pero cuando lo vi, era tremendo. . ."

Están también la secretaria, que tuvo el valor y la decisión de enfrentar su maternidad soltera; la obrera fabril, aguerrida militante sindical que dice de la mujer trabajadora: "... es una doble explotada. Explotada por su sociedad y explotada por su compañero. En este caso, explotada de un explotado", y que, soltera, afirma: "... es muy difícil que una mujer casada pueda realizar una actividad como la que yo hago". Y está la modelo negra, víctima de una doble discriminación: a la que sufre por ser mujer se añade la segregación que conocen los negros en un país de blancos, mestizos e indígenas. "Yo no voy a ser carne de blancos", se decía.

Y está la educadora, la empresaria, la prostituta, la dirigente campesina, la pintora, la escritora y política. . . Que todas, excepto el ama de casa y las estudiantes, todas las entrevistadas desempeñan un trabajo remunerado y no son por lo tanto representativas de la mujer, incorporada sólo aún en corto porcentaje a la productividad, especialmente en nuestros países latinoamericanos, no resulta, en verdad, parcial. Pocas diferencias se habrían evidenciado al recoger el testimonio de muchas mujeres más dedicadas al trabajo doméstico, cualquiera que fuese su procedencia social.

Resulta sin embargo notable que, en medio de distancias tan grandes que van del conservadurismo a las posiciones más radicales, en medio de contradicciones en apariencia irreconciliables, en medio de toda la gama de matices que se quiera, aparecen en los testimonios ciertas constantes que perfilan ese rostro de la mujer peruana que, en su especificidad, se asemeja al rostro de la mujer contemporánea, no importa su procedencia de clase o su lugar de origen.

Y así aparece la conciencia de una sociedad injusta; la ne-

Ser mujer en el Perú

ESTHER ANDRADI
ANA MARIA PORTUGAL



Hablan: Teresa Davila, Martha Vertiz, Teresa Pareja, Magda Portal, Vilma Mazuelos y otras.

cesidad de preparación de la mujer para el trabajo, y su derecho a trabajar fuera de casa en un quehacer remunerado; el rechazo a la virginidad como un valor a defender y el rechazo, igualmente, a una doble moral sexual; la necesidad del reconocimiento del trabajo doméstico y el deseo de que éste sea compartido por los hombres de la familia; la comprobación de la deficiente o nula educación sexual recibida; el derecho de la mujer a disponer, ella sola, sobre su propio cuerpo; la conciencia de que hay que educar a las nuevas generaciones de manera distinta a como ellas —las entrevistadas— fueron educadas.

En fin, las autoras directas o indirectas —aquellas cuyos testimonios fueron recogidos— de *Ser mujer en Perú* comparten, tácita o explícitamente, el pensamiento de Simone de Beauvoir citado en la introducción del libro: "uno no nace mujer, sino que llega a serlo". ¿Es necesario agregar que quien toma conciencia de esto ha dado el primer paso de la transformación? **E.U.**